
La Novela de Hoy
La Hora del Pecado
por
ALVARO RETANA
50 céntimos

LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: MENDIZÁBAL, 42, segundo. Apartado núm. 473

Año II | Madrid, 2 Marzo 1923 | Núm. 42

La hora del pecado

NOVELA

por

ALVARO RETANA

Ilustraciones de ANTONIO JUEZ

NÚMERO EXTRAORDINARIO

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.

1923

Ultimas novedades literarias

DE

ALVARO RETANA

HISPANIA.—Cid, 4.—MADRID.

NOVELAS

:-:-: La carne de tablado :-:-:

El crepúsculo de las diosas

:-: El octavo pecado capital :-:

COLECCIÓN AFRODITA

La señorita Perversidad.

Una niña demasiado moderna.

Paquita, la Caprichosa.

El vicio color de rosa.

A manera de prólogo

¡Se desean ayudantes!

—Parece que está triste. ¿Qué le pasa, Retana?

—Que estoy desesperado.

El joven novelista—que me ha invitado a dar un paseíto en auto *por la Cuesta de las Perdices, en compañía de una bella americana, propietaria del coche, y que hoy le guía, despertando la expectación de los transeuntes—me explica en el momento de llegar a Puerta de Hierro:*

—Usted recordará, querido Artemio, que en el prólogo de mi última producción de La Novela de Hoy *dábamos cuenta al público de cómo la célebre escritora Misia Darrys, en* La Revue Artistique, *de París, correspondiente a septiembre de 1922, me proclamaba el novelista más guapo del mundo.*

—*Sí; lo recuerdo.*

—*Pues bien: no puede usted imaginarse lo qué esto me ha complicado la existencia, dada la popularidad de su revista. Desde que apareció* El encanto de la cama redonda *me llueven declaraciones amorosas y proposiciones matrimoniales; se me asedia, se me importuna y se me agobia, hasta el punto de que estoy abocado a morir por exceso de éxito.*

—*Sería original.*

—*Pero muy fastidioso. En el pasado mes de enero, el día de Reyes mi casa convirtióse en un bazar, por obra y gracia de* mi *público. Me enviaron carteras, encendedores, tres cajas de soldados, bombones, calcetines de seda, paquetes de cigarros, corbatas, una cadena de platino, un balón, un reloj de pulsera, una* patinette, *un tren precioso que anda solo, una máquina de vapor, una cometa...; en fin..., la mar de chucherías absurdas y costosas. Y cada una acompañada de una carta cariñosísima, diciéndome que aquello lo habían dejado para mí los Reyes Magos en el balcón de cada remitente.*

—*Eso es encantador, y demuestra que es usted para el público el Benjamín mimado de la Literatura.*

—*No es esto, ciertamente, lo que me desespera. A mí me parece muy bien este desfile pintoresco por mi*

casa-palacio de tobilleras y jamonas, casadas jóvenes y cocotas crepusculares, colegiales y pollos bien, *que viene a Manuel Silvela, 10, para pedirme libros y retratos, simplemente por el deseo de conocer personalmente al novelista más guapo del mundo, o para que yo les adivine el porvenir por medio de los naipes, pues debo advertir a usted que cultivo la cartomancia, y con una baraja en la mano leo el pasado y el futuro de cualquier persona. Esta gente perturba mis horas de trabajo; pero, después de todo, me divierte y no me perjudica. Lo que me tiene negro es esa serie inacabable de admiradoras suculentas que sólo se acercan a mí con el deliberado propósito de conocer mis procedimientos eróticos; esas féminas locas, que "vienen a ver qué hago", y que generalmente son las mismas que yacieron con "El Caballero Audaz", otro admirable y admirado escritor, que también goza de las admiraciones femeninas. Yo creía que señalando una tarifa para las buscadoras de emociones voluptuosas podría incluso hacer negocio; pero ¡me he equivocado! Carezco de valor para pasar la cuenta a una mujer bonita por mis servicios de* boudoir, *y resulta que, además de trabajar gratis, me estoy debilitando de una manera que da lástima. Soy una víctima de mi reputación. Yo no tengo la culpa de ser más apetitoso que un bocadillo de*

foie-gras *y de que las ociosas libertinas me hayan declarado su proveedor favorito. Colóquese usted en mi situación, y comprenderá que me haya puesto a régimen.*

—¿Está usted a régimen, Retana?

—Sí; para no morirme de gusto en brazos de cualquier admiradora. Ahora el médico me ha recomendado alimentación sana y copiosa, duchas frías, mucho aceite de hígado de bacalao y constante ejercicio físico. Hago dos horas de gimnasia, y me paso las tardes jugando al foot-ball *para estar gordo y fuerte. ¡Todo antes que adelgazar!*

—¿Prefiere usted las curvas a la línea?

—¡Qué duda cabe! La mitad de mi éxito es puramente personal. Y, por tanto, yo, que soy un hombre de amor, una preciosa bestia de placer, tengo que conservar las redondeces que me caracterizan para no defraudar a mis favorecedoras. Así que estoy pensando en contratar dos ayudantes, dos pollos bien *que se parecen algo a mí físicamente, para que me substituyan con este escuadrón de hijas de Eva que a diario aterriza en mi casa-palacio. Les pagaré un buen sueldo, y no tendrán otra obligación que entendérselas con mis admiradoras, suplantando mi personalidad. El uno puede ir a trabajar a domicilio, y el otro quedarse en mi casa de servicio permanente.*

Hasta aceptaría un tercero que se comprometiera a servir los pedidos de provincias. En Tánger tengo dos admiradoras guapísimas: La Esmeralda *y* La Trianera, *que le recibirían con los brazos abiertos.*

Hace algunas semanas estuvo a visitarme, acompañado de un amigo, un chico rubio, que me dijo llamarse Carlos Díaz, el cual me hubiera servido divinamente para el caso; pero se le olvidó dejarme la dirección, y aunque quiero avisarle, tengo que esperar a que se le ocurra volver a casa. ¿Cómo avisaría yo al niño aquél? ¡Con lo útil que podría serme!

—Es usted delicioso. ¡Y tiene siempre un buen humor envidiable!

—¡Por Dios, no diga usted tal cosa! ¡Estoy desesperado y sin ganas de broma para nada! ¡Se lo digo en serio! La única persona que me alegra la existencia es la dueña de este auto.

—¿Y dónde ha conocido usted a esta americana?

—En casa de mi sastre. Yo había ido a recoger una americana, de trabilla, por cierto, y trabé amistad con ésta, que creo que es de Alpaca, distrito del Far-West.

—Sí, ¿eh?

—Y como me parecía sugestiva desde el punto de vista literario, me está sirviendo de conejo de Indias para mi próxima novela, en que ha de figurar como

protagonista. Todos los personajes de mis novelas están arrancados de la realidad.

—¿Y por qué es usted tan aficionado a describir en sus novelas unos ambientes tan perversos?

—Porque lo quiere Su Majestad el Público, y al público hay que darle lo que pida. Aparte de que este género tan mío, *y que aquí alarma a algunos papanatas y alguno que otro novelista maloliente y sin lectores, se ha cultivado en todas las partes del mundo por los artistas más ilustres. Recientemente, el gran poeeta Emilio Carrère, en una revista cultural, escribía, refiriéndose a mi novela* El encanto de la cama redonda, *cuya adaptación cinematográfica he concertado con una Casa norteamericana, y cuya adaptación escénica está verificando Enrique García Alvarez:*

"La novela erótica ofrece las más arduas dificultades. ¿No os parece lo más hondo, lo más indefinible, el terrible misterio del sexo? El novelista erótico debe ser fisiólogo y psicólogo, además de tener ojos que sepan ver el natural, cualidad poco común en la gente que escribe. La humanidad es un tratado de psicopatología sensual, y el erotista literario ha de ser un médico culto y sagaz para la acertada pintura externa e interna de sus personajes. La novela naturalista tiene mayor responsabilidad científica que la

novela romántica para señoritas. Sin embargo, la novela erótica es lo que intentan los que tienen menos preparación de cultura y de temperamento. Hay quien con la puerca descripción de un coito de prostíbulo es un Aretino o un marqués de Sade."

Estoy de acuerdo con Emilio Carrère: hay escritores que porque han descrito la vida de las hetairas de baja estofa, los cafetines y las mancebías peseteras, lo único a que después de todo pueden aspirar, dados sus escasos medios de fortuna y su guarricie personal, ya se adjudican el calificativo de novelistas de la pasión, y se creen con derecho a censurar el erotismo de los señoritos que, por nuestra cuna, por nuestra posición económica y por nuestra aristocracia espiritual, estamos a cien codos sobre los cantores del burdel, para los cuales, en nombre de la higiene, está vedado el acceso a los sitios mundanos.

Pero así como algunos pierden su tiempo remedando a Vidal y Planas, único *novelista de talento a quien por su elevada intención se le puede admirar en la pintura del erotismo de las Venus callejeras, yo, de igual manera que Pedro Mata, José María Carretero, Alberto Insúa y Joaquín Belda, que vivo, según es público y notorio, la existencia del gran mundo y la galantería encopetada, describo las per-*

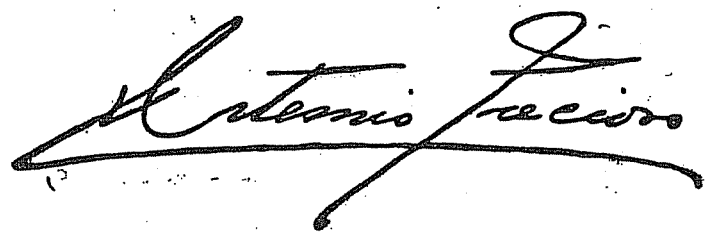
versidades de las gentes que se bañan y huelen bien, de la aristocracia del pecado, que es, a mi juicio, la única decorativa y literaria.

Sí, sí; tiene razón Carrère: cosas más graves que las mías escribieron y escriben Huysmans, Mirbeau, Rachilde, León Daudet, Lorrain, Víctor Margueritte, Willy, Guido da Verona, Sidney Place, Abel Bothello y tantos compañeros de prestigio mundial. Lo que ocurre es que aquí no había novelistas con agallas suficientes para mostrar a la sociedad elegante contemporánea sus depravaciones. Y ha sido preciso que yo paseara mi espejo al borde de la vida y reflejara sin eufemismos todos los misterios de la sensualidad extraviada, para que otros escritores, comprendiendo mis intenciones de saneamiento moral, me ayudaran en tal labor. Antes que yo no se atrevió nadie en España a abordar ciertos temas; pero ahora veo con agrado que "El Caballero Audaz", Antonio de Hoyos, Vicente Díez de Tejada y Joaquín Belda, entre otros, no tienen inconveniente en reflejar maravillosamente, con un talento, modernidad y pulcritud irreprochables, costumbres y personas que antes sólo conocía el público por las obras de autores extranjeros. Mis propósitos al describir los trucos de esas criaturas que viven en pecado mortal es dar la voz de alarma a los curiosos, previniéndoles que no piquen

en anzuelos de pesadilla. Estaba reservado a un artista tan despreocupado como yo la misión de desenmascarar a los trucosos, a los pervertidos y a cuantos se aprovechan de la inocencia ajena para satisfacer los impudores propios. He aquí por lo que yo, que estoy calificado como un novelista amoral, soy en el fondo un verdadero moralista. Pues no necesitaré afirmar una vez más que yo "no apruebo ni comparto" ninguna de las teorías expuestas por los personajes de mis obras. Me limito a retratarlos en sus actos y en sus lenguajes, como desea Emilio Carrère; pero esto no equivale a que yo simpatice, ni mucho menos, con determinadas tendencias, que no tienen para mí otra importancia que la puramente literaria. Honni soit qui mal y pense!

*Y Alvarito Retana, con beatífica expresión, exclama, al advertir que la dama-*chauffeur *detiene el* auto *ante una vaquería:*

—Y ahora, mientras nos sirven unos vasos de leche, le ruego me permita dar unas pataditas al balón.



ÁLVARO RETANA

PÓRTICO

Este artista galante, ambiguo y sempiterno,
tiene una llamarada perversa del Demonio;
es un nuevo Antinoo condenado al Infierno;
elegante y magnífico, lo mismo que Petronio.

Su corazón es cofre de fervores sensuales,
y en el harén pagano de su existencia impía,
enciende milagrosos pebeteros nupciales,
que son faros de alarma para la burguesía.

Escultura de mármol cincelada en la fiebre
del éxtasis romántico por un divino orfebre,
ama el encanto helénico, la belleza tirana.

Maravilloso príncipe, ingenuo y libertino,
posee la fantástica lámpara de Aladino,
e invita, como Eva, a morder la manzana.

ARMANDO BUSCARINI.

PRIMERA PARTE

DEDICATORIA

A unos ojos azules que «me trajeron de cabeza» y que fueron, durante varios días, mi más bella ilusión.

En recuerdo de aquellas horas alarmantes de candor y perversidad. ¡A lo que fué! ¡A lo que quizás no vuelva!...

ALVARO.

I

—*¿Scherezada? ¿El Príncipe Igor?*

—Mejor sería Albéniz. Busca la *Serenata.*

Arrodillado sobre el oro de un almohadón de maravilla, en que el tisú servía de fondo a un bordado de mariposas de azabache, José Luis elegía en el musiquero la pieza señalada por Lolina, que, encaramada sobre el frágil taburete japonés, ejecutaba en la pianola todo un programa de concierto.

En la semipenumbra de la suntuosa camareta, dominada por el humo del incienso y un penetrante olor a éter y a Rosas de Coty, la pareja ofrecía una

extraña paradoja; pues mientras ella, con su áurea melena recortada y su andrógina delgadez, que afinaba el pijama negro, parecía un guapo muchacho, José Luis Henestrosa, con su cara de luna llena, sus calcetines grises y su pijama de crespón color rubí, producía la sensación de una bonita colegiala.

Y tanto ella como él resultaban más inquietamente ambiguos, más dotados de una indecible gracia equívoca, en el afrodisíaco orientalismo que presidía el departamento, tapizado de sedas tunecinas y rebosante de almohadones, que se apilaban, sabiamente combinados, sobre el amplio diván moruno y en torno a la encendida chimenea. Porque en la estancia, mezcla admirable de *confort* y literatura, distinción y misterio, diríase que todo entonaba un cántico ardiente a la sensualidad y al abandono: las mullidas alfombras, los dibujos galantes que decoraban las paredes, la luz velada y azulina de la lámpara japonesa, los magníficos cortinajes, los muebles cómodos y sólidos, los costosos juguetes, las pieles de leopardo, y hasta la música, tan diestramente ejecutada por Lolina. En aquel ambiente lascivo, artificioso y decadente, tanto ella como él cobraban un encanto novelesco y malsano, y sorprendidos en aquella atmósfera cargada de fragancias excitantes, al través de aquel humo que parecía envolverlos como un velo fantástico, hubieran intrigado a la persona más indiferente.

Colegíase que tanta suntuosidad decorativa habíase creado con la exclusiva idea de convertir la estancia en un santuario del placer, propicio a los desmayos y a las claudicaciones; pero una vez entrado allí derrumbábanse los prejuicios, y los recelos transformábanse en una irresistible simpatía hacia el Peligro y la Locura. Aquella habitación era la verdadera caja de Pandora de la Lujuria moderna, insaciable y estilizada; un horno tentador forjado para cocer las impurezas más absurdas y los caprichos más inconfesables. Era el infierno de la voluptuosidad prohibida, revelador de celestiales goces, con dos auténticos demonios de angelical aspecto.

Mientras Lolina interpretaba con fervor en la pianola la producción genial de Albéniz, y cuatro rollos más de Straus, Grieg, Borodine y Rimsky-Korsakow, elegidos por José Luis, éste encendió en su pipa javanesa un cigarrillo inglés, y tendido sobre unos almohadones junto al fuego, se entretuvo en reconstruír la noche memorable en que trabó conocimiento con aquella criatura que tan profundamente había influído en la moral del joven.

Fué un domingo de enero, cuando él, a la salida del teatro de la Comedia, advirtió que una mujercita bella, gentil y temblorosa, le cogía de un brazo y, aproximándose a él, arrebujada en sus pieles como una gata friolera, procuraba escabullirse entre la multitud que abandonaba el coliseo.

—Ampáreme..., se lo suplico... Aproveche esta confusión... Tomemos juntos aquel coche... No me abandone... Luego le explicaré.

Desconcertado y seducido por la dulzura que irradiaba el rostro de la desconocida, José Luis atendió a la rubia que tan extrañamente le abordaba, y saltó con ella a un coche, sin atreverse a darle al auriga una dirección.

—Dígale usted que nos lleve... hacia la Castellana—ordenó la rubia al percatarse de la expectación del joven.

—Pero... ¿a la Castellana a estas horas?—exclamó José Luis—. ¿No sería mejor que nos llevase a tomar chocolate a cualquier sitio?

—Sí; tiene usted razón—asintió ella, que en su aturdimiento sólo deseaba alejarse de la calle del Príncipe—. Podemos ir a cualquier parte, con tal de que haya poca gente.

—¿Le parece a usted Pombo?

—Sí; vayamos a Pombo.

Durante el trayecto, Lolina, cuyos ojos expresaban una ansiedad indescriptible, aseguró al muchacho:

—Usted no sabe la impaciencia con que esperaba este momento. ¡Me moría de ganas por separarme de ese tío!—Y en seguida, nerviosa, prosiguió: —Porque estaba materialmente secuestrada. No pisaba la calle si no era con él. Los criados tenían orden de no permitirme salir sola, y tampoco me consentía

ninguna clase de visitas. Hasta que hoy, aprovechando esta aglomeración del público en la puerta de la Comedia, he podido escabullirme en un descuido suyo, y gracias a usted que me ha ayudado..., puedo respirar libre.

—Entonces..., ¿es usted casada?—preguntó tímidamente José Luis.

—No—afirmó ella con viveza—. Soy soltera, a Dios gracias; pero vivía con un hombre que ¡ríase usted de Otelo!

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?—preguntó el joven, sonriente y estupefacto.

—Lo primero, tomarme un chocolate en Pombo, porque a mí las emociones no me quitan el apetito, y después..., lo que tú dispongas.

—¿Lo que yo disponga?—repitió José Luis, enrojeciendo.

—Sí, hijito mío: lo que tú dispongas—proclamó la rubia, con los ojos fulgurantes—. ¿Acaso no merecen tu hermoso tipo y tus bonitos ojos que yo por una noche me regale a ti? Llévame donde quieras; te contaré mi historia, y me contarás la tuya, y después... seré tu querida de una noche o de toda la vida.

Y en un abrazo de tigresa, Lolina estrechó al joven contra su corazón y lo besó en la boca vorazmente.

Habían llegado a Pombo, y, al descender del coche,

Pepe Luis y la rubia se instalaron en una mesa de la arcaica botillería para narrarse mutuamente sus historias; y cuando ambos acabaron, ya creían amarse y haber nacido el uno para el otro, hasta el punto de que el joven brindó a la rubia su piso de soltero, donde ella no tuvo ningún inconveniente en ir a concluír la noche.

Lolina era de origen italiano, y confesaba veintinueve primaveras. Poseía la enérgica bravura de las hijas de Nápoles, y ni el fragor del trueno ni el resplandor del rayo la hubieran detenido en su carrera; porque, nacida cerca del Vesubio, también era un volcán que arrojaba del seno sus pasiones.

Hay mujeres que viven al abrigo de cualquier tentación por su figura o porque su belleza no es suficiente a despertar el amor y el deseo; pero Lolina había venido al mundo para encender con su presencia los más graves ardores. El óvalo de su rostro era tal vez algo incorrecto; pero, en cambio, los ojos, soberbiamente azules, eran de una sublime perfección, ni aun superada por aquellas doncellas de los cuadros de Greuze; la nariz, aguileña, aristocratizaba el perfil, y las cejas, finísimas, se arqueaban irreprochablemente, como dos lindos trazos dibujados a pincel; la cabellera, rubia, ondulante y enmarañada, envolvía su cabeza como un turbante de fuego, y los labios, golosos, de incitante rojor, descubrían al sonreír dos hileras de dientes blancos, menudos y brillantes.

De estatura corriente, Lolina carecía de curvas pronunciadas; mas su cuerpo tenía serpenteos felinos y altiveces insospechables. El Diablo había soplado en el seno de su nodriza, y era una criatura que bebió el mal como otras se amamantaron con el bien. Era amoral e irresponsable, porque su inteligencia, que la ayudó a encontrar las soluciones más felices a intrincados problemas, no pudo servirla nunca para vencer al laberinto de su alma antojadiza y voluptuosa. Lolina era indomable, arriesgada y sensual, y a los quince años escapóse del hogar de los suyos por seguir a un barítono español, de quien se había prendado locamente. Ella amaba la música y los versos, soñaba con vivir la existencia de algunas heroínas del *cine*, y abandonó a sus padres y hermanitos menores, ávida de correr a la aventura del amor. Maquinaba cualquier perversidad con el rostro iluminado por la más ingenua sonrisa, y para



ella el primer amante sólo fué el puente para cruzar al segundo, quien a su vez sirvió de pasarela para que ella llegase hasta el tercero. Lolina hallaba bueno todo lo que es malo, como ciertas mujeres encuentran malo todo lo que es bueno, y engañar a uno o dos amantes era para la joven de una increíble sencillez. Con su cara de ángel, aquel monstruo de liviandad hizo una orgía de su cuerpo y de su juventud, corriendo veleidosa de unos brazos a otros hasta el momento de encontrar a Pepe Luis.

José Luis Henestrosa y Herreros de Montiel, perteneciente a una familia poderosa y aristocrática, contaría veinticuatro años cuando cayó en las redes de Lolina.

Huérfano de padre y madre desde su corta infancia, sólo había respirado en el hogar de su tío y tutor, el marqués de Rodir, un ambiente honorable y fastidiosamente íntegro, que se avenía muy mal con el temperamento soñador, curioso y atrevido del muchacho. Pepe Luis vivía despierto unos sueños magníficos de esplendores sexuales, que creaban en él deliciosas angustias al despertar solo en su lecho de estudiante. Hubiera deseado permanecer sumido eternamente en aquellas divinas quimeras que turbaba por las mañanas el criado, portador del chocolate, y raptarse por cualquier medio a la tiranía de aquel tío implacable, austero, cariñoso e incapaz de comprender las inquietudes que devoraban al sobrino.



Pepe Luis, educado en el respeto a la familia, inteligente y estudioso, supo frenar su instinto, y transcurrió su juventud sin procurar disgustos a su tío, manteniendo amistades que no tenían nada de peligrosas, hasta el momento de su mayoría de edad, en que sacudió la enojosa tutela de Rodir y se instaló en un piso de soltero, cuya regencia confió a un viejo matrimonio, antiguos servidores de la casa de Montiel.

Por fortuna, la herencia de los padres, acrecentada por la buena administración del tío, permitiría al joven vivir holgadamente, sin pensar en recurrir a su carrera de abogado, y como no se hallaba maleado por la afición al juego, la vida presentábase ante él optimista y encantadora. Las mujeres no le habían perturbado, porque aunque tuvo cierta clase de aventuras naturales en un muchacho joven, independiente y rico, la vulgaridad de las partes beligerantes impidió que el futuro marqués de Rodir se interesase por ninguna. Amaba a las mujeres por temporadas cortas, y más aún que por satisfacer una necesidad fisiológica, por distraer el tedio. Al encontrarse libre y en disposición de arriesgarse a la perpetración de aquellas locuras que amenizaron los sueños de su adolescencia, advirtió que la vida era demasiado prosaica, o que a él la Casualidad no le favorecía deparándole aventuras extraordinarias. Indudablemente—pensó—, es inútil pensar en revivir

los deslumbrantes faustos y los originales extravíos de *Las mil y una noches*. Y como la aventura callejera y el amor mercenario no despertaban su interés ni tampoco saciaban sus ideales amorosos, desencantóse, comprendiendo que al recabar su libertad, la falta de elementos hacía inútil su anhelada independencia.

Mas con Lolina, José Luis descorrió los umbrales del paraíso que él soñara, porque aquella criatura, linda, gentil, original y voluptuosa sin hipocresías, inflamada constantemente de hipotéticas lujurias, significaba para él la mujer ideal. Ella, con su fatal sabiduría, con su bondad perversa, le hechizó de tal suerte, que la existencia para él sufrió un rápido cambio. Ahora es cuando verdaderamente admitía la posibilidad de revivir sus locos sueños de la adolescencia, en complicidad con aquella inefable buscadora de sensaciones morbosas, tan ducha en fantasías, trucos y extravagancias.

Y desde aquella noche en que el Destino juntó a Lolina y Pepe Luis en el *foyer* de la Comedia, ambas vidas encadenáronse rabiosas para saborear toda la gama del Placer y del Vicio, porque uno y otro arrojáronse juntos a los abismos del deleite sensual, sin arredrarse por las prohibiciones de la Naturaleza. Fueron como dos locos envenenados de voluptuosidad, que nunca conseguían ver saciados sus anhelos eróticos, y en noches febricientes conocieron cuantos de-

lirios inventó la Lujuria para desfallecer a los mortales. Ella desde el primer momento se apoderó traviesa de aquel muchacho ingenuo, equilibrado y casto, y le contaminó de costumbres abominables y exquisitas, aniquilando en Pepe Luis los últimos pudores. Y él, embaucado por la sirena rubia, que parecía haber sido condimentada por el Diablo con los más deliciosos pecados capitales—Soberbia, Gula, Lujuria y Pereza—, abdicó de su cualidad de hombre normal para seguir la inspiración de su adorada.



Habilidosa y pérfida, Lolina, al percatarse de que el joven aristócrata poseía como ella un alma ansiosa de embriaguez en las delicias del Pecado, adivinó la conveniencia de aliarse para siempre con aquel guapo chico, que, además de su juventud y su tesoro plástico, ofrecía la garantía de su fortuna personal.

José Luis Henestrosa y Herreros de Montiel, víctima de su inexperiencia y su exaltada imaginación, había mordido tan gustosamente el anzuelo de Lolina, que su vida, su pensamiento y su deseo eran para el precioso monstruo de áurea melena, en cuyas garras se hallaba dulcemente aprisionado.

II

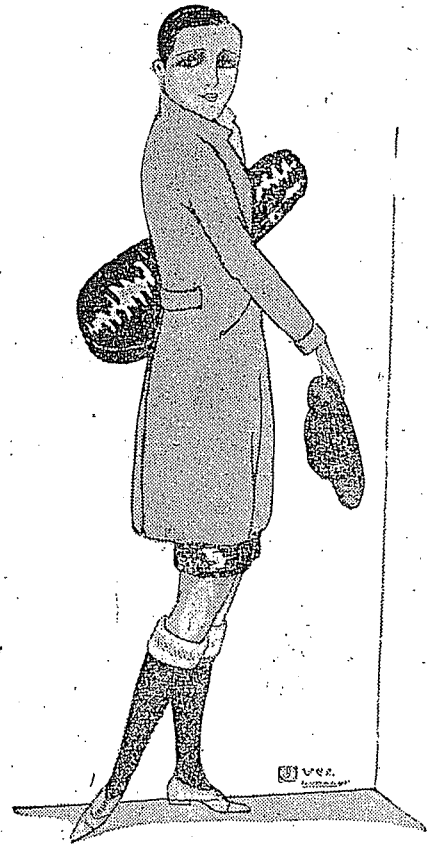
El precioso reloj Imperio, de doradas columnas y esfera rematada por las águilas napoleónicas, que se erguía monumental sobre la chimenea, dejó oír seis sonoras campanadas, y los pesados cortinajes de la estancia descorriéronse, dando paso a la persona que esperaban José Luis y Lolina.

Divinamente cándido y perverso, expresando en sus ojos de topacio un sobresalto delicioso, el recién llegado, que era un adolescente de unos diez y seis años, permaneció indeciso, con el sombrero en una mano y en la otra un estuche de violín.

Al verle, Pepe Luis abandonó su lecho de almohadones, y aproximóse a él para incautarse de la caja y el sombrero del joven, que colocó sobre una silla, y, estrechando las manos de éste, le condujo hasta la pianola para que saludase a la sirena rubia.

—¿Con retraso quizás?—exclamó el recién llegado,

viéndose envuelto como una caricia en las miradas de Lolina, que interrumpió su música. Y en seguida, tras una corta pausa, añadió, para sincerarse: —Creí



que hoy mi lección iba a durar hasta las nueve de la noche. ¡Me ha costado un trabajo convencer al profesor de que tenía que hacer!—Luego, sentándose en el suelo con Lolina y el aristócrata sobre aquel

lecho de almohadones improvisado junto al fuego, murmuró, percatándose del matiz encendido del pijama de José Luis: —¡La verdad es que este pijama te presta todo el aire de un demonio!

—Después de todo..., ¡lo que soy!—respondió el aristócrata.

—Esto quiere decir que estamos en el Infierno.

—Sí, pero ha entrado un ángel—afirmó Lolina.

El ambiente pesado y cálido, fragante y amoral, acabó deminando al *guayabo* del violín, que, pasado el primer momento de inquietud, mientras examinaba de reojo el decorado de la camareta, suntuosa y recargada, confesó a sus oyentes:

—Os advierto que he estado vacilando antes de decidirme a entrar en vuestra casa.

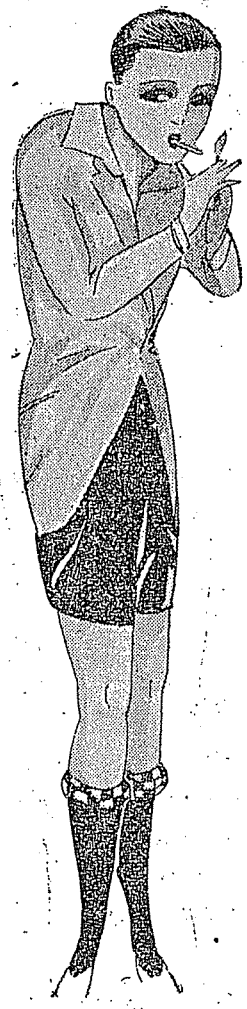
—No veo la razón—dijo Lolina, acercando a la chimenea una mesita portadora del servicio de té.

—¡Qué sé yo! ¡Nos hemos conocido de una forma tan rara!—exclamó el muchacho del violín.

—No tan extraordinaria, Leo—replicó José Luis—. Eres vecino nuestro de butaca en los conciertos de la Filarmónica, y me parece que después de seis semanas cambiando con nosotros impresiones en el teatro, no tiene nada de arbitrario que hoy vengas a tomar una taza de té con nosotros, que al fin y al cabo no somos antropófagos.

—Pero, de todos modos, no me iréis a negar que sois dos tipos... algo de novela.

—¿Dos tipos de novela?—repitió José Luis.



—Cierto. Precisamente porque me parecisteis una pareja misteriosa es por lo que no he tenido ningún inconveniente en estrechar nuestra amistad. ¡Soy tan aficionado a las películas y a las novelas de aventuras! Yo adiviné desde el primer momento que vosotros teníais que vivir en una casa tan fantástica como ésta. Me alarmabais, *no sé por qué;* pero me interesabais.

—Porque somos artistas y tú también lo eres—exclamó Lolina

—Quizás por algo más—añadió locuazmente el muchacho del violín, saboreando las delicias de un marrón *glacé*—. ¡Cuántas veces he deseado que llegase un concierto, no por la Filarmónica, sino por veros a vosotros!

—Y, sin embargo, hace un momento confesaste que has dudado antes de subir a nuestra casa.

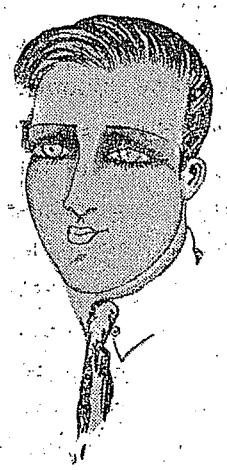
—Porque me producís simpatía y pavor.

—Eso prueba que eres inteligente, Leo—observó

José Luis con voz irónica y velada—. Pero debo advertirte que a nuestro lado no se corren otros peligros que los que buenamente se quieran correr. Y, además — continuó, encendiendo un cigarrillo, que ofreció al adolescente—, cualquier cosa mala que pudiera ocurrirte aquí, siempre sería buena.

La atmósfera, cargada de fragancias perturbadoras; el calor de la chimenea, el rebuscado orientalismo de la estancia, o el efecto tal vez de los licores que siguieron al té, animaron a Leo, cuyas pupilas de oro irradiaban felicidad. Lolina recreábase contemplando la ingenuidad traviesa del chiquillo, que parecía un diosecito mitológico fugado del Olimpo. Era un Apolo joven, cuyo rostro aun no había sido maculado por el vello, y cuya fresca boca parecía haber sido hecha para morder la fruta del placer. Porque todo en Leo revestía carácter de tentación provocadora: la hermosura de la cabeza rubia, la arrogancia del cuerpo, torneado y macizo, y hasta el timbre argentino de la voz. Leo representaba el triunfo de la belleza y de la juventud unidas, aderezadas con una irresistible simpatía personal, que hacían más apetitoso aquel guiso de la Naturaleza. Y junto a él no perdía su encanto plástico José Luis Henestrosa; porque, si bien Leopoldo poseía una auténtica adolescencia, el aristócrata tenía la rara habilidad de aparentarla. Merced a los cuidados de *boudoir*, al ejercicio físico y a un extremado régi-

men, José Luis Henestrosa producía la sensación de un mozo de veinte años. La negrura de sus cabellos, el verdor de sus ojos, la perfección de su nariz, el rojor de sus labios y la tersura de su tez, que competía en blancura con el nácar, conservaban una frescura insospechable en persona que, como él, por sus constantes extravíos debía aparecer marchita.



Mentalmente Lolina solazábase comparando las armonías que compendiaban Leo y José Luis, aquellas dos hermosas criaturas, orgullo de su sexo, por las diversas perfecciones físicas y espirituales que atesoraban. Uno y otro eran dos juguetitos del pecado; dos tentadoras flores del jardín del vicio que la Casualidad o el Diablo habían reunido en aquella terrible caja de Pandora, guardadora de todas las sorpresas y todas las lujurias.

Finalizada la merienda, Lolina, pretextando que tenía que recoger una sortija que le estaba arreglando su joyero, abandonó la camareta para cambiarse de vestido en sus habitaciones; y cuando Leo y Pepe Luis quedaron solos en la estancia, el aristócrata, cogiendo una mano del joven, murmuró ansiosamente:

—¡Cuántas ganas tenía de que llegara este momento!

—¡Y yo también! ¡Te lo aseguro!—afirmó Leo, sonriendo con un cinismo ingenuo que desconcertó al amante de Lolina—. Yo me volvía loco preguntándome "¿a quién habré gustado de los dos?", y por lo visto veo que es a ti.

—¡Pero, Leo, por Dios!

—Qué, ¿quieres que me asuste?—dijo el muñeco rubio, que se sentía impúdico y ligero—. Tengo ya diez y seis años; mi padre vive absorbido en su trabajo, y mi abuela me deja en una libertad ilimitada; ¿no sería ridículo que yo, que tengo alma de artista y sueño a todas horas con aventuras raras de novela perversa, fuera a espantarme ahora en los preliminares de una aventura equívoca, que tanto he deseado? Afortunadamente, yo no soy ningún coco y me han solicitado antes que tú otros admiradores.

—Y lo dices así..., ¡tan fríamente!

—¡Estoy familiarizado con el horror! Cuando se es un chico guapo y se disfruta de mi independencia, a los diez y seis años ya se sabe todo lo que hay que saber.

—¡Y yo que te creía un *guayabo* inocente!

—¡Y lo soy! No lo dudes; pero sólo... materialmente—exclamó Leo, mirando con fijeza a Pepe Luis,

que le escuchaba atónito—. Mas, moralmente..., hace ya tiempo que podría darte lecciones en eso que pudiéramos llamar el abecé del vicio. Y yo no he delinquido todavía, no por virtud, sino porque hasta ahora no me ha salido nada de mi agrado. El pecado por el pecado me repugna. ¡Tú figúrate cuántas ocasiones no habrá tenido un *guayabo* que, como yo, por ser un poco apetitoso tiene que despertar forzosamente el deseo de tantos buscadores de emociones culpables como pululan por Madrid! Pero yo, que quizás por temperamento estoy predestinado a *aumentar la lista,* me he prometido no rendirme sino cuando realmente haya un justificante.

—Me maravillas y me asustas. No sé si eres un ángel o un demonio.

—Pues como yo son casi todos los chicos de mi edad. El que más y el que menos... está esperando la ocasión. Los unos se cotizan y transigen por cálculo...; los otros se dan gratis por gozar la emoción; pero ninguno vive ignorante de esos abismos que antes causaban tanto pánico.

Leo, jovial y comunicativo, agotaba las copas de licor que le brindaba José Luis, y contagiado del ambiente, sentíase atrevido y amoral, preocupado únicamente por la idea de aparecer original y libertino, y el aristócrata le oía embelesado, acariciando con sus ojos a aquel muñeco rubio que venía a poner cátedra

de perversidad en un lugar donde ya había dos maestros.

Lolina, envuelta en un abrigo de terciopelo negro y tocada con un turbante rematado por blancos paraísos, entró en la camareta para dar un adiós a los amigos antes de irse a la calle, y cuando ella salió, preguntó a Leo el aristócrata:

—¿Tú serías capaz de complacerme si te pidiera yo una cosa?

—¡Hombre, según lo que pidieras!

—Tengo un capricho absurdo. Una obsesión que me devora. Me gustaría oírte tocar el violín.

—No tengo inconveniente—afirmó Leo, disponiéndose a complacer a José Luis—. Lo hago bastante bien...

—Sí; pero el caso es...

—¿Qué es el caso?

—No me atrevo a decírtelo.

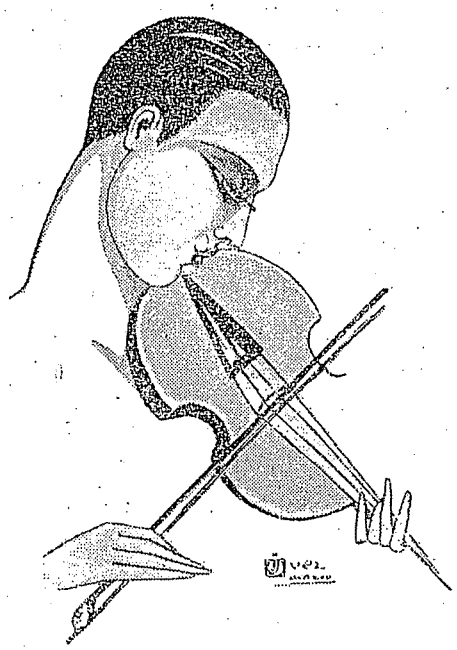
—Dilo..., no tengas miedo.

—Pues bien: te quiero oír tocar el violín; pero... desnudo.

—Si no es más que eso...—dijo Leo.

Y con una increíble sencillez, como si el aristócrata no le hubiera pedido nada extraordinario, Leo, ligeramente trastornado por las copiosas libaciones, complació a José Luis; y despojado de las ropas, luciendo la esplendente desnudez de diosecito mitológi-

co, incautóse del violín y apoyándoselo en el hombro, después de haber templado el arco, hizo oír al amante de Lolina el fragmento más tiernamente voluptuoso del *Carnaval*, de Schumann. En el silencio de la estancia, Leo erguíase altivamente sobre un tapiz

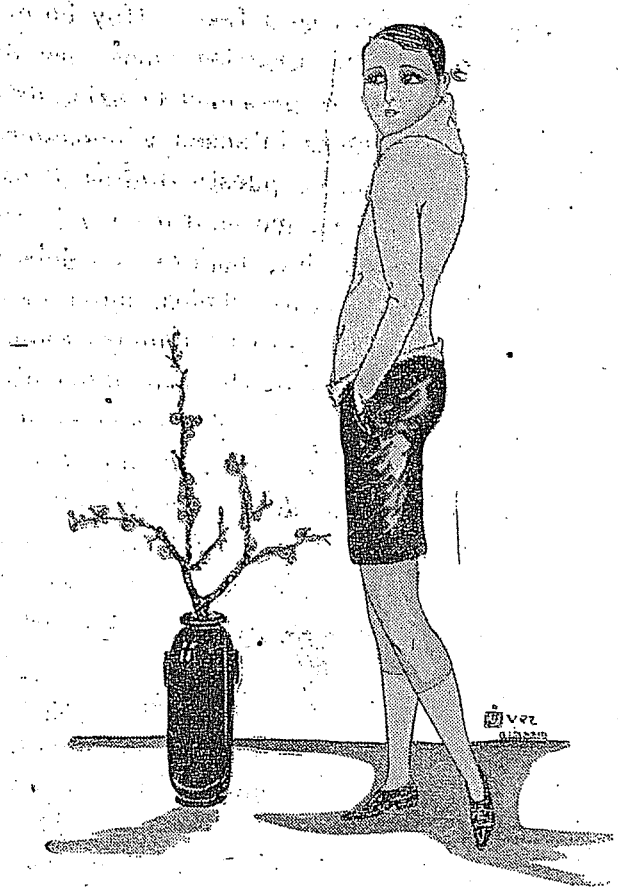


moruno y José Luis le contemplaba absorto como a través de un velo formado por el humo del incienso y los cigarros. Y aquella música exquisita, de una sensualidad tan enervante, hizo languidecer a Leo y José Luis, que volvieron junto a la chimenea, donde permanecieron largo rato sin pronunciar una palabra.

—Y ahora, ¿estás contento?—murmuró Leo, disponiéndose a recobrar su indumentaria.

—Muy contento. ¡Si tú supieras!—murmuró el aristócrata, ayudando a vestirse a Leo—. Hoy he experimentado una de las más grandes emociones de mi vida; porque para algunas personas la existencia es una sucesión de sensaciones intensas y malsanas. Hay mucha gente bruta que ha puesto límites al deleite sensual; pero yo, que no me conformo y busco con Lolina el espasmo donde hay belleza, me debato constantemente en un ansia de novedades, que a veces veo realizadas. ¿Tú crees que para un hombre refinado y hambriento de emociones pueden ser suficientes las que le aporte una querida? Una querida es mucho para el que nunca la ha tenido; pero no es nada para aquel que se ha habituado a ella. He aquí la razón por que yo, a pesar de contar con Lolina, que es una de las mujercitas más sugestivas de Madrid, haya saboreado, merced... a tu violín, una emoción inenarrable.

—Todo eso está muy bien—objetó Leo—; pero es literatura. Yo creo que concedes demasiada importancia a lo que no es sino una aspiración de nuestro temperamento hacia todo lo que sea belleza y juventud. Si yo, en vez de un *guayabo*, fuera un pobre señor cuarentón, barrigudo y feo, no se te hubiera ocurrido pedirme que tocara el violín desnudo; y si tú hubieras sido un tío repugnante, yo tampoco te ha-



bría complacido. De modo que ya ves cómo, a pesar de mis diez y seis años y mi falta de experiencia, encuentro antes que tú la salida a ese laberinto que podríamos llamar del instinto sexual.

—Eres encantador.

—Ya me lo has dicho antes.

—Y esto me hará admirarte más.

—Con que me quieras un poquito me conformo.

—¿Nos veremos mañana?

—Si tú quieres, vendré a la hora de hoy. Seguiremos hablando sobre este mismo tema, y volveré... a tocar el violín.

—Te esperaré; pero, ¡por Dios!, no des lugar a que Lolina pueda sospechar algo. Tú calcula lo que sucedería si se enterase ella de lo que hoy ha pasado aquí.

—No querrás convencerme de que he sido el primer *guayabo* que se ha aligerado de ropa en tu casa.

—Pero siempre lo ha ignorado Lolina. Si algún día llegara a descubrir estas locuras estoy seguro de que me despreciaría.

—No te alarmes. Seré discreto.

—Hasta mañana, entonces.

—Adiós, hasta mañana.

Y Leo encasquetóse su sombrero de fieltro, cogió el estuche de su violín y salió de la camareta, donde tan suavemente había empezado a deslizarse por la rampa del vicio.

III

Al día siguiente, Leopoldo, al descorrer los cortinajes de la estancia donde esperaba hallar a José Luis, encontróse a Lolina sola, envuelta en una túnica de muselina blanca y transparente, que le aguardaba candorosa como un ángel, tan delicadamente pura en su incitante semidesnudez que deslumbró al recién llegado.

El *guayabo* dejó el sombrero y el estuche del violín sobre una silla, y ella, con una gracia virginal, le besó en las mejillas, azotándole el rostro con el perfume violento y excitante de la dorada cabellera.

—Hoy pareces un ángel—dijo Leo estrechando las manos de Lolina.

—Después de todo, lo que soy—exclamó ella, tratando de imitar las actitudes y la voz de José Luis.

Ataviada de aquella forma, Lolina, que ya había doblado la treintena, parecía una criatura de diez y



siete abriles. Un hábil maquillaje contribuía a idealizar el rostro, y la figura erguíase gentil, ondulante y provocativa, totalmente desnuda bajo la túnica flexible, dotada de una vaporosidad aérea y juguetona, que despertaba en Leopoldo eróticos anhelos. Lolina deslizábase por la mullida alfombra, girando alegremente como si estuviera ensayando una danza, y sus manos, rosadas y pequeñas, divertíanse recogiendo los extremos de la amplia túnica para formar dos alas, que dejaban al descubierto el cuerpo de marfil florecido en su parte media por algo semejante a herrumbre de oro.

—¡La verdad es que yo no esperaba un recibimiento como éste!—afirmó Leopoldo intentando detener a Lolina de sus vueltas vertiginosas por la estancia.

—Hoy me siento ligera y voluptuosa—proclamó Lolina de pronto, pasándose la lengua por los labios febriles—, y como sé que José Luis no ha de volver hasta las nueve, he aprovechado su ausencia para vestirme de esta forma y saltar a mi gusto. Me ha encargado que te dijese que no le había sido posible evadirse a una conferencia con su tío, donde han de ventilarse cuestiones económicas, y que te despidiera rogándote volvieses mañana a esta misma hora. Pero yo no pienso cumplir su encargo—concluyó Lolina, aproximándose felinamente a Leo.

—¿Por qué?

—Porque eres demasiado mono para que yo desaproveche la ocasión de tenerte unas horas a mi lado, sin que nadie pueda impedir que yo te bese así...

Y con una dulzura angelical, Lolina apoderóse de los labios de Leopoldo y sus bocas uniéronse en un beso voraz e interminable, de película.

—¡El fuego de tu boca me trastorna!—murmuró Leo contagiado del ardor amoroso de Lolina—. ¡Tus besos me dan sed!

Lolina desprendióse de los brazos de Leo y dirigióse a un mueblecito oriental, de donde extrajo una botella de licor. Llenó una copa de cristal, que aproximó a sus labios, y de su boca aquel licor pasó a la de Leopoldo. Pero el procedimiento y la bebida no aplacaron la sed del joven, que estrechando golosamente entre sus brazos el cuerpo de Lolina, confesó, estremecido de confusos deseos:

—Yo no sé lo que tiene vuestra casa que en ella pecaría cualquiera que entrase.

—Es que aquí no entraría cualquiera—replicó ella, atrayendo junto a su pecho el cuerpo de Leopoldo. Pero, en seguida, desprendiéndose de los brazos del joven, continuó—: Tú no puedes imaginarte lo fastidioso que es abrazar a un chico vestido. Puesto que José Luis no ha de volver hasta las nueve y no corremos el peligro de que nadie nos importune, lo primero que vas a hacer es quitarte esa ropa y ponerte un pijama mío...



—Mira que si él viniera...

—No vendrá, estoy segura. Precisamente por eso es por lo que vamos a hacer esta tarde unas cuantas locuras propias de gente cuerda.

Leo entregóse a la inspiración de Lolina, y ella experimentó una grata sensación despojando al chiquillo de sus ropas. Cuando él se vió desnudo, agradeció a Lolina sus servicios, besándola en la frente, y luego preguntó:

—¿Pero vas a tenerme así toda la tarde?

—De ninguna manera. Aunque la chimenea mantiene una temperatura casi ecuatorial, yo no quiero que te resfríes, y para evitarlo, mejor que en un pijama voy a envolverte en esta túnica.

—¿Y tú?

—Yo no prescindiré por eso de ella.

Lolina y Leopoldo habíanse acercado hasta la chimenea, donde formaron, como el día anterior, un lecho de almohadones. Lolina tendió a Leo junto al fuego, e incrustándose a él, lo cubrió con parte de la túnica. Incendiado por la fragancia de Lolina, que había cruzado sus piernas con las de él, Leopoldo exteriorizó la emoción que aquel acoplamiento le causaba de una manera que no ofrecía lugar a dudas. Ella, ingenua y perversa, escondiendo su lengüecita en la boca de Leo, suplicó:

—No seas impaciente. Vamos a conversar primero un rato, así, tan uniditos.

Leopoldo, radiante de placer, con los rubios cabellos en desorden y los dorados ojos chispeantes, embriagábase en la dulzura de las pupilas de Lolina, que cobraban metálicos reflejos y ondulaba excitado bajo la mágica opresión de la amante de José Luis. Las llamas de los leños iluminaban los dos cuerpos, y agudizaban el ardor de ambas partes beligerantes, que se aprestaban al combate, templándose previamente de un deseo que estallaría con furores indecibles.

—¡Qué feliz soy así, viéndote estremecido de pasión bajo mi cuerpo que te ansía! ¡Y cómo gozo comprendiendo que soy yo la primera mujer a quien te entregas!

—De eso puedes estar segura. Yo nunca me he desnudado para ninguna chica.

—¿Y para ningún chico?

Leo fingió un enojo por que estaba bien lejos de atravesar y contestó revestido de dignidad:

—Si a algún chico se le hubiera ocurrido hacerme cierta clase de proposiciones, le habría partido la cara.

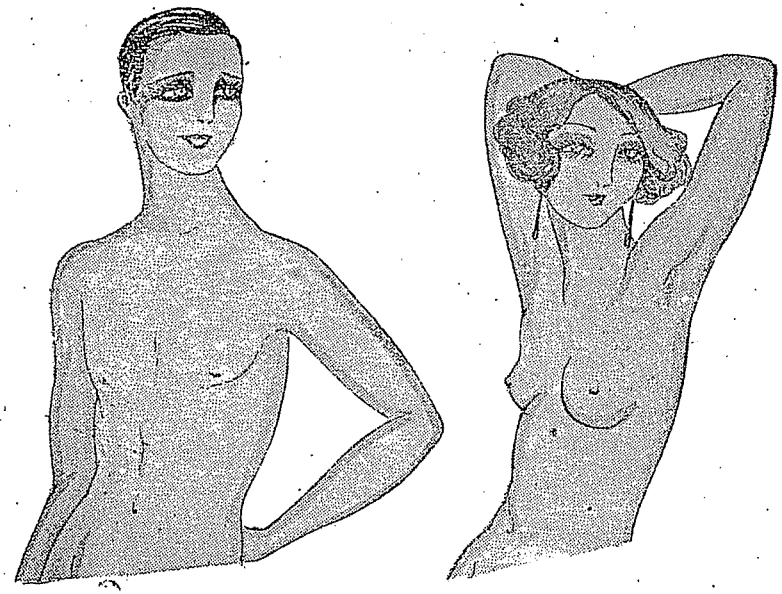
Lolina contuvo una sonrisa de incredulidad y prosiguió, besando al discreto *guayabo:*

—¡Y pensar que este nene tan monísimo, este lindo juguete que hoy es modelo de belleza y juventud, pueda algún día marchitarse y perder todo atractivo!

—Eres loca pensando en eso.

—No lo puedo evitar. Cada vez que saboreo una aventura pienso en su encanto efímero. Esto es lo que la hace más deliciosa y más intensa para mí.

—Veo que estás algo tocada de literatura: igual que José Luis.



—¡Cuando tú hayas vivido lo que nosotros, comprenderás la trascendencia de este instante!

—Yo pensaba que no tenía importancia. Una chica y un chico que se gustan, que están solos... y que no tienen ni pizca de vergüenza.

—Calla, no turbes la armonía del instante.

Ella enroscábase a Leopoldo con los senos palpi-

tantes de emoción y hablaba con voz queda y melancólica, con su barbilla apoyada en la del joven, y saboreando toda la rugiente poesía, todo el encanto morboso de la situación.

—La verdad es que quién me iba a decir a mí que aquellos vecinos de butaca en los conciertos de la Filarmónica iban a ser tan buenos amigos míos—exclamó Leo frívolo y burlón—. ¿Y quién le iba a decir a mi padre que con su desatado afán por abonarme a todos los espectáculos de arte musical iba a acelerar mi caída al pecado?

—Si tu padre supiera esto... posiblemente te envidiaría...—afirmó ella.

—No lo creas—opuso Leo—. La generación de hoy está más refinada que la antigua. Para mi padre, que, por ser un compositor de su renombre y joven todavía, goza de un gran prestigio entre las tiples de zarzuela, la mayor delicia sería revolcarse con alguna corista gorda de Martín. Desde que se murió mi madre, todas las queridas que le he conocido han sido unas tías ordinarias, sin ninguna complicación espiritual. A mí me obliga a estudiar música, me costea profesores y me abona a conciertos para que no le importune ni malogre sus entrevistas amorosas esos mastodontes, que, con pretextos líricos, convierten nuestra casa en un desfile de jamonas rebosantes. No me explico que a un hombre como mi padre, que siente la música y ha producido melo-

días tan románticas, puedan interesarle esas mujeres tan vulgares y tan gordas que le sacan los cuartos. ¡Tengo unas ganas de saber que mi padre se ha echado una querida como tú!...

—¡Qué amable eres!...—dijo Lolina—. Pero entonces correría un peligro, de que ahora se ve libre...

Mientras hablaba, Leo estremecíase dominado por el anhelo voluptuoso, impaciente por que Lolina determinara la ruptura de hostilidades; y cuando ella, inflamada por un deseo que tan perversamente había madurado, cambió de posición y se ofreció a Leopoldo plenamente, sin artificios ni restricciones, el muchacho creyó morir de dicha, por la intensidad del goce. Después de la violenta sensación conocida el día antes en compañía de José Luis, Leo aprendía en la italiana algo tan formidablemente opuesto y delicioso, que sintió trastornarse su razón y quedó aniquilado, inerte y sudoroso. Ambos quedaron sumergidos en un profundo enervamiento, componiendo un hermoso grupo; hasta que ella, sobreponiéndose al común desfallecimiento, invitó a Leopoldo a recobrar su indumentaria y a abandonar la camareta.

—No necesitaré recomendarte—dijo Lolina, al despedir a Leo, en la puerta de la escalera—que procures no cometer la menor imprudencia, pues tú calcula lo que ocurriría si llegara a enterarse José Luis de lo que hemos hecho esta tarde.

—¡Mujer, qué cosas dices! Te prometo ser una tumba.

Pero a la media hora, Lolina y Pepe Luis, regresado de la calle, departían tranquilamente comentando sus aventuras con Leopoldo.

—¿Quedaste satisfecha?

—Contentísima.

—¡Ya te lo dije yo! Este *guayabo* es una *trouvaille*. Y con la gran ventaja de no ser un trucoso, porque, como habrás visto, no ha pedido dinero.

—Es porque empieza ahora. Cuando esté un poco más corrido acabará pidiéndonos la luna.

—Y el chico la merece—proclamó José Luis.

—Desde luego—asintió Lolina—. Es una escultura. Y he comprobado que si está bien vestido, está mejor desnudo.

—¡Qué piel tiene más suave!

—Y sobre todo, que como no está gastado, tiene una resistencia encantadora. Porque hay que ver lo que ha hecho hoy, a pesar de lo que tú me contaste que hizo ayer.

—¡Qué pena da pensar que este chico pueda algún día estropearse, perder su juventud y su belleza, y quedar sin atractivo para el pecado!

—Eso mismo le he dicho yo—interrumpió Lolina—. Pero él me ha contestado que no hablase en literatura.

—A sus años, ¿quién teme a la vejez? El juzgará que siempre se mantendrá joven y guapo, apetecible para el vicio, y no sabe que bastarán unos años para que su rostro y su figura pierdan esa fragancia y ese encanto que ahora han de depararle los más sonoros triunfos.

—Es horrible pensar en todo esto—reconoció Lolina—. Por eso es casi preferible huir, como hace Leo, de preocupaciones. Vivamos y gocemos banalmente, sin inquietarnos por mañana, pensando sólo en hoy, que nos ofrece una gloriosa realidad.

Y Lolina y su amante unieron ambas bocas en un beso apasionado...

SEGUNDA PARTE

I

Cayó el telón finalizando el primer acto de *Lohengrin*, y Lolina extendió sobre su pecho el plumaje de su abanico, no para refrescarse, sino porque, maestra de la *posse*, sabía que la línea de su escote resaltaría más graciosamente con aquella actitud forzada de figulina de Zamora. Endiamantada y preciosísima, la amante de Henestrosa recibía desde su palco el homenaje de gran parte del público, que apreciaba en cuanto valía la rebuscada distinción y la belleza original de la extraña criatura.

Lolina sonreía, echando atrás el cuerpo, advirtiendo la sensación que causaba en la sala, donde eclipsaba a otras mujeres más jóvenes y hermosas, pero que no gozaban, como ella, de una silueta tan ambi-

gua y un atractivo tan excéntrico. Modelada por una funda de terciopelo verde mar, que terminaba en una cola puntiaguda, y con la rubia cabellera alborotada en un artístico desorden, Lolina parecía una



sirena adolescente y candorosa, por la expresión severa de sus ojos azules, la castidad de su sonrisa y la dulzura de sus ademanes.

Y aún más satisfecha que ella mostrábase Bebé, su acompañante, una gentil *guayaba* de quince años,

que asistía por vez primera a una función del teatro Real.

Bebé era la sobrina de la modista de Lolina, a la cual solía ésta recurrir algunas noches, pretextando que José Luis no la podía acompañar a un coliseo: la nueva víctima recientemente descubierta y elegida por la pareja para servir sus ansiedades voluptuosas y extraviadas.

La tía de la muchacha no encontraba sospechosa aquella simpatía de su cliente por la pequeña y no oponía inconveniente a que Bebé intimara con Lolina, que unía a sus ventajas de buena pagadora, la de ser una amiga desprendida y correcta para la *guayabita*.

Bebé admiraba con morbosa delectación la hermosura de la sirena, sus éxitos mundanos, su generosidad elegantísima y, sobre todo, sus amenas disertaciones sobre inquietantes temas, que sonaban en los oídos de Bebé como una música sutil y embriagadora. Con su elocuencia persuasiva y su diabólico talento, Lolina había sembrado en la pequeña teorías disolventes, haciendo despertar en ella anhelos peligrosos, y a fuerza de paciencia y de gracia cautivadora, la querida de José Luis se había apoderado del espíritu de la niña, moldeándolo a su capricho y preparándola hábilmente para un final heroico.

Comparando Bebé su existencia prosaica al lado de su tía con el ambiente confortable, suntuoso y

depravado que respiraba en el palacio de Lolina y el aristócrata, la sobrina de la modista aguardaba siempre impaciente la llamada al teléfono de la italiana, que significaba para ella comidas refinadas y paseos en *auto*, espectáculos de teatro y corridas de toros: el disfrute de un mundo sugestivo y galante, de fragante amoralidad, en que Lolina se destacaba estrepitosa, con gran satisfacción de la *guayaba*.

De igual manera que la luz sugestiona a las mariposas, que acaban abrasándose las alas, Lolina deslumbraba a la pequeña, que irremisiblemente acabaría por lanzarse al abismo cuya profundidad le fascinaba.

Aquella noche la italiana había narrado a su amiguita la novelesca historia del encuentro con José Luis, confesándola, sin rubor alguno, cómo después de haber sido la amante de un celebrado novelista, manirroto y desconfiado, había conseguido escaparse a su tiranía, después de varios meses de insufrible martirio. José Luis tomó a Lolina sin más ropa que la que ella llevaba aquella noche, y durante varias semanas permanecieron encerrados en el nido del joven, temiendo que el celoso descubriera el escondite de la prófuga y provocara al aristócrata. Y cuando ya pasado cierto tiempo supieron que el famoso novelista había trasladado su residencia a Barcelona, se arriesgaron a presentarse en público, confia-

dos en que el verdugo de Lolina no volvería a importunarla.

—¿Pero tan feliz eres con José Luis?—preguntó la pequeña cuando Lolina concluyó de hablar.

—¡Oh! ¡Muy feliz! ¡Si tú supieras!—murmuró la italiana—. Pero yo no debiera contarte ciertas cosas. Eres muy niña aún. Temo enfermar tu espíritu. Tú eres una muchacha que vive en la ignorancia y yo no sé si debo iluminarte.

—¡Yo quisiera saberlo todo!—afirmó Bebé—. ¡Ser como tú!

—¿Ser como yo? ¿Tú sabes lo que dices? Yo soy una mujer que vive para el vicio y que sólo disfruta en el pecado. El placer es mi dios, y mi dios es un demonio.

—Me causa miedo oírte, y, sin embargo, cuando estoy lejos de ti me muero de impaciencia por volverte a oír. Muchas noches, al acostarme, antes de conciliar el sueño, pienso en las sorpresas que me reservará el Destino y si estaré condenada, como mi tía, a ser una trabajadora vulgar y a morir solterona como ella, sin más familia y heredera que una sobrina huérfana.

—No me avengo a creer que tu destino sea tan triste. La suerte de las muchachas bonitas como tú nunca puede ser idéntica a la de una mujer tan poco favorecida por la Naturaleza como tu tía.

—¿Verdad que sería horrible que yo tuviera que

casarme con un empleadillo y cargarme de hijos y estar esclava del negocio para que no faltase nada en casa y renunciar a una existencia como ésta que tú ahora me procuras? Si pudiera elegir mi vida, ya te lo he dicho antes, sería como tú. Porque me atraen el lujo y el placer...

—¿El placer?—repitió Lolina—. ¡Chiquilla, tú estás loca!

—¡El placer! Tú no puedes figurarte las ganas que yo tengo de que un pollo de postín, joven y guapo, como estos que ahora nos devoran con la vista, me haga el amor... y me proponga que sea suya... ¡para entregarme a él! ¡Lo que yo daría por encontrar, aunque sólo fuera por una noche, otro José Luis, como tú!

—¿Quieres el mío? Te lo presto.

—¡Mujer, qué cosas dices!

—Te aseguro que otro como él no encontrarías para pasar brillantemente tu primera noche de amor.—Luego, tras una corta pausa, Lolina prosiguió con voz velada e insinuante: —Mira, Bebé: como esta noche tienes permiso de tu tía para dormir en casa, te acostarás conmigo, y cuando José Luis vuelva de Parisiana, en vez de una mujer..., se encontrará con dos. Precisamente ya me ha dicho en varias ocasiones que le gustas un rato largo. De modo que os haré un servicio a los dos.

—¿Y serías capaz?

—¡Naturalmente! Si yo creyera que por pasar contigo una buena noche José Luis iba a abandonarme, te confieso que buscaría la manera de evitarlo; pero como estoy segura de que eso no iba a suceder, es por lo que no vacilo en proponerte el plan. ¡Lo pasaríamos tan bien los tres!

—No me explico cómo puedes decir tan seria unas locuras tan enormes.

—¿Llamas esto locuras? Esto para nosotros no sería sino una de tantas aventuras en las cuales no habría más novedad que tú. ¿Crees que José Luis y yo somos una pareja de amantes a la antigua, que viven con todas las odiosas sujeciones e inconvenientes del matrimonio? Tanto él como yo nos hemos reunido para caminar juntos por la vida en pos de un ideal erótico. Ambos nos deslizamos en la divina y esplendente inmoralidad de las cosas, y por eso me parece naturalísimo proporcionarle una aventura y compartirla, como él no dudaría en ayudarme a conquistar un muchacho que me agradase.

—¡Eso es vivir únicamente para el vicio!

—¿No somos libres ambos para elegir la vida que nos plazca? ¿A quién perjudicamos consagrándonos al placer?

—A la gente que seducís.

—No lo creas. Todas cuantas personas se complican con nosotros es porque ya tenían la inclinación al mal. Seguramente que si nosotros, detenidos por

escrúpulos de conciencia, hubiéramos domado nuestros impulsos, otras personas hubieran... degustado las virginidades respetadas por nosotros. Ten en cuenta que sólo van al vicio los que nacieron para él. Ante una criatura real y verdaderamente virtuosa fracasarían los recursos más eficaces. Aparte de que el Pecado tiene su hora y sus elegidos: la juventud y los seres hermosos. Tú, ahora, incitas a caer en la tentación y lograrás el éxito porque tienes quince años y una cara muy linda. Cuando envejezcas o te afees, el Vicio te rechazará o tenderá sobre ti la capa del desdén.

—Entonces es absurdo arrojarse al Pecado sabiendo que su triunfo ha de ser tan efímero.

—Pues en eso radica su prestigio. En la brevedad de su reinado. Ser joven y ser bello significa ser apetecido, gozar sublimes embriagueces, doblemente exquisitas puesto que son prohibidas y no han de ser eternas, y ya que los virtuosos se mueren lo mismo que los pecadores, no vale la pena de frenar nuestro instinto cuando desea desbocarse. Ir hacia el Pecado es ir hacia la dicha. Solamente los pobres de espíritu se detienen ante esos fantasmas de humo que llamamos prejuicios. Es preciso no contener nuestro deseo y dejarle volar valientemente, aunque vaya detrás de una quimera irrealizable. Si la logra será feliz, y mientras no la alcance vivirá ilusionado en la esperanza... No debe de existir suplicio más cruel que

arrepentirse de no haber pecado; desear entregarse al Vicio cuando ya el Vicio no nos quiera.

Aquel lenguaje arrullador, de una amoralidad perturbadora, trastornaba a Bebé tan vivamente, que la *guayaba* debatíase en un estremecimiento lascivo y angustioso. La charla de Lolina contribuía a derrocar en la pequeña los últimos pudores, dejándola entrever la posibilidad de un Paraíso de deleites extrahumanos; y ante aquellos ardientes himnos al Vicio y al Placer, la sobrina de la modista sentíase por instantes más vencida, más dispuesta a entregarse en una orgía voluptuosa, a la sabiduría de Lolina y el aristócrata.

Cuando dejaron el teatro, la *guayabita*, mareada por la música de Wagner, las luces de la sala y la aglomeración de la salida, con el cerebro atormentado por las conversaciones de Lolina, eterno canto a los misterios de la sensualidad extraviada, Bebé cayó en el auto abrumada y enardecida, reconociéndose impotente para luchar con la italiana. Estaba a merced de ella, decidida a seguir su inspiración; a acogerse bajo la cruz o a invocar al demonio, y en la reñida contienda que en su mente empezaron a librar las ideas perversas y el respeto a sí misma, empezó a obsesionarla la certeza de que aquella noche sería memorable para ella.

Un ligero temblor nervioso recorría todo el cuerpo de Bebé, a la cual se incrustaba la italiana avie-



samente, durante el trayecto, y cuando ya en la alcoba de Lolina ésta aprestóse a desnudar febril a la pequeña y la tendió en el lecho, triunfal y mimosa, la sobrina de la modista no pudo contener la emoción que la embargaba y rompió a llorar dulcemente entre los brazos de la pérfida sirena de los ojos azules.

—Pero..., Bebé, ¿eres tonta? ¡Llorar en una noche como ésta!

Y Lolina, para tranquilizarla, dejó caer una lluvia de besos ardorosos sobre el rostro de la pequeña, cuyos redondos muslos palpitaban de voluptuosidad y de pavor.

II

Al regresar de Parisiana, José Luis encontróse a Lolina y a Bebé estrechamente unidas en el lecho, sumidas en un sueño revelador del gran descanso que sus cuerpos necesitaban, y, gratamente sorprendido, el aristócrata entretúvose un momento comparando a la luz de la pantalla de cristal, que permanecía encendida sobre la mesilla de noche, el color sonrosado de la piel de Lolina con la carne morena de Bebé.

Junto a la cabecita de la napolitana, áurea y reducida, que parecía la de un nene monísimo, resultaba más tiernamente femenina la *guayaba*, con sus bucles negrísimos y su mohín de colegiala; y la tranquilidad del sueño de una y otra comunicaba a sus rostros una expresión de beatitud incomparable. Cualquiera las hubiera confundido con un bonito paje y una linda princesa de un cuento de Boccacio,

reposando tranquilamente después de haber efectuado una adorable pillería.

José Luis, comprendiendo que la presencia en su lecho de Bebé justificaba la irrupción sin previo aviso, desnudóse ligero, y cuando las durmientes quisieron darse cuenta, ya el aristócrata se había acomodado entre las dos y rociaba a una y a otra con una lluvia torrencial de apasionados besos, sólo comparable a la que empleó Lolina para apagar los últimos rubores de Bebé.

—Pero, ¿cómo? ¿Qué es esto?—exclamó despertando la nena.

—Esto es... un guapo chico..., que viene de la calle muertecito de frío y que espera templarse, si no tenéis inconveniente, merced al calorcito vuestro.

—¡Oh, Dios mío! Esta noche yo no debiera haber dormido fuera de mi casa—murmuró débilmente la pequeña percatándose del efecto que su proximidad causaba a José Luis.

—De fijo que a tu tía, si ahora estuviese en tu lugar, no se le ocurriría semejante exclamación—dijo Lolina, deslizando su mano hacia los senos de Bebé.

—No sé a qué viene ese temblor—expuso el aristócrata, advirtiendo que la pequeña se estremecía convulsiva—. ¿Acaso te doy miedo? Pues te diré que no me anima contra ti ningún atroz propósito. Al

contrario: me gustaría que fuésemos muy buenos amigos.

—¡Ya se nota!—dijo Bebé, empezando a habituarse a la proximidad de José Luis.

—Eres tan bonita, y sería yo tan feliz demostrándote lo mucho que me gustas!

—Déjalo para otro día—suplicó la *guayaba* irónica.

—¡Creerás eso tan fácil! Cuando se está desnudo al lado de una nena tan rica como tú y se tiene sangre en las venas, no habría fuerza humana ni divina que contuviese nuestros ímpetus.

—Nadie le ha dicho a usted que se introduzca entre nosotras.

—En primer lugar, suprime ese horrible usted con que podrías exasperarme, y después te diré que debieras pedirle a Dios que te enviase un intruso como yo todas las noches para que amenizara tus horas de descanso.

La nena y José Luis acabaron hablando en metafísica, y lo que en un principio causó espanto a Bebé, terminó pareciéndole de una oportunidad edificante.

Dieron principio los suspiros, los serpenteos y las súplicas, e inmediatamente se impuso la elocuencia sin palabras. Ternuras, arrebatos y caprichos. Audacias, florituras y desmayos. En el río revuelto del placer, los tres infatigables pescadores obtuvieron

un resultado positivo y una ganancia que dejó a los tres ahitos, completamente satisfechos de sus distintas pretensiones. Bebé saboreó delicias inefables, y su curiosidad quedó saciada plenamente; Lolina cobró fuerzas con la irrupción del aristócrata y conoció de nuevo enervantes delirios, y José Luis vió realizados sus locos sueños de ambición deshojando la rosa inmaculada de la virtud de la pequeña.

Fueron tan armoniosas, singulares y perfectas las sensaciones compartidas por los tres, que, agobiados por el exceso de deleite, quedaron sobre el lecho inmóviles y mudos, respirando fatigosamente y sumergidos en una bienandanza espiritual y física que derivó hasta el éxtasis.

Y en días sucesivos repitiéronse hasta el exceso las celestes diabluras del pintoresco trío, recurriendo a combinaciones ancestrales, laberínticas y aritméticas, que conducían a los jóvenes al paraíso del placer, donde las sensaciones lindan con la locura. Estableciόse entre ellos un delicioso acoplamiento espiritual y material, y durante varias semanas el triple idilio se mantuvo equilibrado y sin transparentarse para la tía de Bebé, hasta que de repente otro tío de la muchacha invitó a ésta a trasladarse a una provincia levantina, para permanecer allí una temporada, y con la marcha de la joven se interrumpieron de momento las delicias de la "entente cordiale", tan diestramente concertada por la amante de José Luis.

III

Los sustitutos de Bebé y de Leopoldo en la predilección del aristócrata y su amante, relegaron a éstos al olvido, como el joven del violín y la *guayaba* borraron el recuerdo de sus predecesores.

Lo mismo José Luis que la italiana, vivían devorados por un ansia febril de nuevas aventuras, impacientes por conquistar a nuevas víctimas, que eran para los dos el alimento imprescindible. Ociosos y sensuales, no tenían otra obsesión que la captura, en *cines* y teatros, paseos y jardines, de las hermosas bestias de placer que colmasen sus ilusiones voluptuosas, desdeñando la compañía de buscones profesionales.

En cada una de ellas encontraban un atractivo diferente, y en las luchas y en las vacilaciones que precedían a la caída de los elegidos, saboreaban, go-



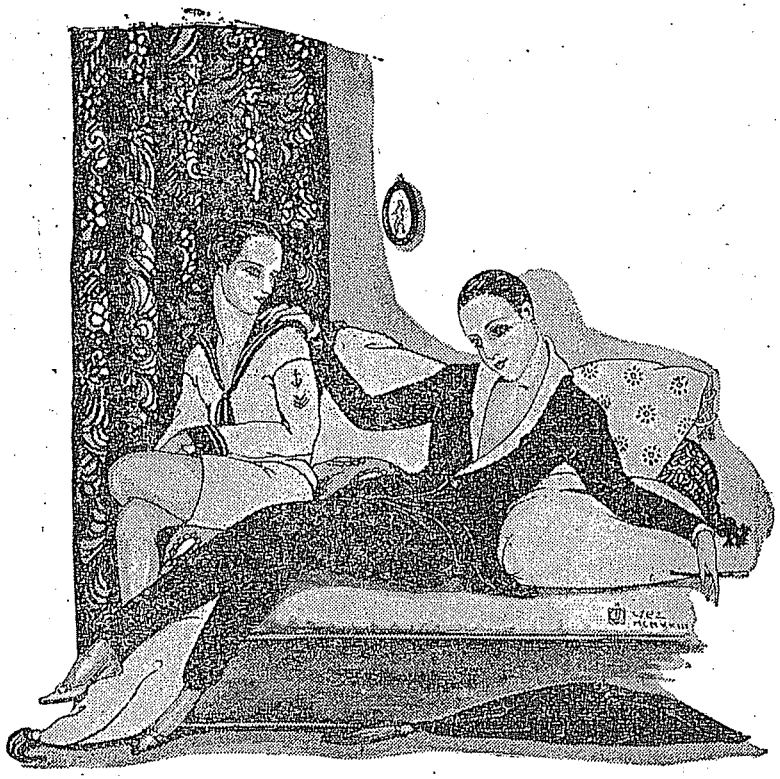
losos, toda la gama de las sensaciones culpables. Rivalizaban en coqueterías, en alardes originales y en trucos imprevistos, para llevar a cabo seducciones dificultosas, y realizaban sus proezas con una seguridad matemática portadora del éxito.

Pero tanto Lolina como el joven no hallaban sugestión en las partes beligerantes como no comprobaran que se trataba de novatos. Para ellos carecían en absoluto de interés los profesionales del vicio, esos degenerados que, a juicio de la pareja, desacreditaban el pecado.

Lolina sustentaba la teoría de que todas las licencias en el orden sexual podían ser admitidas cuando las disculpaba una razón estética y tenían por escenario un ambiente decorativo, excéntrico y lujoso. Autorizar aberraciones y travesuras eróticas sobre un fondo vulgar, pobre y grotesco, equivalía a deshacer el encanto de esas sugestivas fechorías que amenizan la existencia de los pueblos civilizados. El perfume de la decadencia y de los deleites prohibidos debía estar reservado a los seres inteligentes, a los ociosos ricos y a los que antes hubieran gustado de los placeres de la normalidad. Consentir que la gente, vieja y fea, mixtificase el Pecado, consiguiendo por la sorpresa o por el dinero lo que de otra manera no lograría nunca, era un delito imperdonable. Lolina coronaba los principios de su ética ase-

gurando que el Pecado tenía su hora: que era el momento culminante de la belleza y de la juventud.

José Luis coincidía con la joven en aquella escue-



la amoral, y todo su entusiasmo, su habilidad y su inquietud se consagraban a la busca y captura de sensaciones mórbidas, unas veces en compañía de su amante y las restantes, solo.

Igualmente ella que él dominaban la ciencia de

embaucar a los remolones, y cuando se veían en momentos difíciles, recurrían el uno al otro para cantar victoria. Bien es cierto que a ambos ayudábales grandemente el atractivo personal y el marco ambiguo en que sabían presentarse a la hora peligrosa, y podían disponer ofensivas temibles merced a su brillante posición.

Poseían unas listas pintorescas, donde guardaban, anotados, los nombres y apellidos de sus víctimas, indicando la fecha del "debut", con su color de pelo y ojos, estatura, cualidades amorosas y otros detalles indescriptibles, y una soberbia colección de retratos que eran como la losa recordadora de la aventura extinta. Parodiando a Antinea, la Atlántida sublime creada por Benoit, José Luis y Lolina catalogaban sus amores y, a veces, distraíanse exhumando pasiones muertas, caprichitos fugaces y locuras vividas en un momento de intensidad.

Eran como dos ogros devoradores de inocencias y de carne fragante, unos pulpos irresistibles que, fría y sabiamente, se apoderaban de la presa codiciada.

Muchos días de otoño cruzaba José Luis la Carrera de San Jerónimo, envuelto en su gabán marrón obscuro, cuyo cuello subido contribuía a hacer más pálida la carita de luna llena, del brazo de Lolina, que ofrecía su rostro oval y sonrosado, destacándose entre el blancor de las pieles de armiño, y los dos producían con su elegancia autoritaria y su belleza



equívoca una curiosidad morbosa, que se recrudecía en los teatros cuando la parejita hacía su entrada en algún palco en compañía de una gentil *guayaba* o un confortable adolescente. Había algo de provocativo en aquellas exhibiciones, que ponían de manifiesto el impudor de los amantes, tan correctos en apariencia, pero tan misteriosos y atrayentes a pesar del empeño que mostraban por parecer irreprochables. Jugaban a intrigar a los curiosos, con su actitud de esfinges, mezcla de seriedad y extravagancia, y su mayor orgullo era advertir que producían sensación sin pretenderlo ostensiblemente.

Vivían la italiana y José Luis en una identificación espiritual tan perfecta, que jamás se discutieron la prioridad en el disfrute de una posible víctima. Se la cedían el uno al otro amablemente, seguros de la imposibilidad de una evasión, y consolándose de antemano ante un hipotético fracaso. La existencia de los amantes, muelle, sensual y tan sobrada de emociones, no les permitía cobrar sincero afecto a nadie ni llorar desengaños. El frenesí les preservaba de cualquier complicación espiritual, y lo más sorprendente es que, lejos de envejecer y marchitarse por aquella incesante sucesión de aventuras eróticas, lo mismo ella que él mostrábanse radiantes desde el punto de vista físico. La orgía y los excesos, en lugar de debilitarles, parecían contribuír a prestarles pujanza y retenían el milagro de



una graciosa adolescencia, no por ficticia menos sugestiva.

Los años transcurrían para ellos sin marcar una huella en sus rostros joviales, y la pureza de la línea de sus cuerpos no sufría alteración, como si el Vicio y el Pecado, que todo lo ajan y destruyen prematuramente, velaran como ángeles guardianes por la fantástica pareja.

Adolescentes que Lolina y José Luis disfrutaron apetitosas; *guayabos* que ambos conocieron monísimos, sufrían rudos cambios y se tornaban feos, precozmente marchitos, perdiendo la ilusión de la florida edad en que pecaron. Mas a Lolina y José Luis el Tiempo respetábalos incomprensiblemente, sin decidirse a macularlos con la pata de gallo ni las arrugas de la frente; respetaba el rojor fresquísimo de los labios golosos, la nieve de los dientes, el esmalte de las pupilas, y no ponía ni siquiera una cana entre el oro de los cabellos de Lolina ni el ébano ondulado de la cabeza de su amante.

Todo parecía conjurarse en favor de ellos, para que impunemente continuaran su marcha condenable por los senderos del Pecado en pos de ese misterio abominable y exquisito que llamamos Deleite.

TERCERA PARTE

I

Un día José Luis, haciendo su "toilette" en el cuarto de baño, dejó escapar un grito que produjo la alarma de Lolina.

Al contemplarse en el espejo, el aristócrata, que ya había cumplido treinta y seis años, observó que por vez primera su rostro aparecía extrañamente transformado. Como si hubiera envejecido de repente, la misma faz que el día antes aparecía tersa y fresca, en un estado milagroso de belleza y de juventud, revelaba la verdadera edad del aristócrata, que, creyéndose ser víctima de una terrible pesadilla, veíase marchito, con la frente surcada por profundas arrugas, las pupilas opacas y la boca contraída en una mueca dolorosa. El nene ambiguo y

atrayente se había convertido en un muñeco de *guignol*, que no tenía ni la fragancia de la adolescencia ni el solemne prestigio de la madurez. Era una mezcla absurda de juventud y de vejez, una grotesca criatura que no era ni niño ni hombre.

Lolina, al percatarse de aquel odioso contratiempo, sin resistirse a transigir con que su amante pudiera haber perdido para siempre sus perfecciones físicas, achacó aquel estado lamentable a los excesos cometidos la víspera. Justamente la noche anterior habíanla pasado cometiendo depravaciones inauditas con dos hermanos rusos, dos artistas de circo que actuaban en Price, y a los cuales habían embriagado de placeres magníficos. La italiana trató de consolar a José Luis haciéndole creer que quizás el desgaste de la víspera hubiera provocado aquel aviejamiento momentáneo.

Pero pasada una semana, al ver que las arrugas continuaban profanando la tersura de la frente y que no desaparecían las bolsas de los ojos ni los crueles arañazos que encerraban la boca como entre dos paréntesis, José Luis sintió que las lágrimas invadían su rostro y entonó una oración a sus encantos muertos.

—Después de todo—murmuró Lolina—no tiene nada de extraño que comiences a marchitarte. Ya has cumplido treinta y seis años, y lo verdaderamente

absurdo es que te hayas mantenido tanto tiempo como si acabases de entrar en quintas.

—Tú eres mayor que yo—replicó el aristócrata—y en cambio te conservas igual que cuando nos conocimos.

—Cierto. Es verdad que yo no cumpliré ya los cuarenta; pero si no te has percatado que entré en el crepúsculo, es porque yo me puedo defender con recursos de tocador, a los cuales nunca se acoge el hombre. Hace ya mucho tiempo que, a espaldas tuyas, me he gastado un dineral en cremas y en masajes, y procuro que siempre me contemples maquillada para evitar precisamente que me vieras envejecer. A costa de titánicos esfuerzos que tú ignoras, he conservado el tesoro de mi agilidad, y a fuerzas de secretos de "boudoir" he logrado que no te dieses cuenta de que la mujercita adorable que conociste hace doce años en la puerta de la Comedia, ha perdido su encanto juvenil. Hoy, todos mis atractivos son artificiales, porque con mi gran perspicacia adiviné que al ser vencida físicamente perdería para ti y para cuantos nos rodean el imán de mi seducción. Pero ahora, al verte igual que yo, te revelo esta gran tragedia para que no te desesperes. Ahora es cuando debemos permanecer más fuertemente unidos y pensar en aprovechar los pocos días que nos restan de triunfos amorosos. El pecado tiene su hora, y para nosotros empieza a extinguirse.

Y, en efecto, la vida de Lolina y José Luis pasó a ser algo triste y melancólico, un Infierno de dudas y fracasos que colmó a la pareja de amarguras. Cesaron las conquistas fulminantes y los éxitos callejeros, y cuando pretendieron resucitar ciertos procedimientos y farsas infalibles, observaron que no lograban su propósito, y las víctimas se escapaban burlándose de ellos. Su elocuencia ya no surtía efecto, como también fallaban sus comedietas y sus trucos.

Recurrieron al vicio mercenario, y contrataron a profesionales del pecado; pero ya la emoción no era la misma, y sufrían vejámenes y timos de las partes beligerantes. Perdido el esplendor de su belleza y de su juventud, Lolina y José Luis resultaban dos criaturas libidinosas sin la menor disculpa para sus extravíos. Eran dos vejestorios aberrados, dos enfermos de sensualidad pervertida, que, desprovistos de su gracia juvenil y su acicate físico, producían compasión. Y cuanto más valientes se esforzaban en repetir las fechorías de su época feliz, más ostensiblemente resultaba para ellos la inutilidad de su empeño.

El Pecado y el Vicio habíanse infiltrado de tal suerte en sus venas, que no perdían la esperanza de volver a recuperar los pasados prestigios. Su única obsesión era no retirarse de la existencia accidentada, ambigua y atrayente que compartieron tantos

años juntos, y, lejos de pensar en una decorosa retirada, aferrábanse tercamente a la idea de un común resurgimiento.

Pero llegó un instante en que los dos se declararon impotentes y aniquilados para seguir la lucha. La hora del Pecado había transcurrido para ellos y se imponía una retirada vergonzosa, resignándose a ver cómo una generación hermosa, fuerte y joven repetía las múltiples locuras perpetradas por ellos. Un núcleo de histéricas e impúdicos se encargaría de sostener el fuego sagrado del Vicio, formando un mundo aparte de las personas dignas, y sufriría como ellos el tormento de verse rechazados por Su Majestad la Lujuria, quizás cuando estuviesen más engolosinados con ella. Era preciso ceder el paso a los nacientes pecadores, a los nuevos curiosos, y Lolina y el aristócrata derramaron copiosas lágrimas ante la magnitud de la catástrofe.

Mas como no se resistieron definitivamente a presenciar la dicha ajena, lo que ellos juzgaban la felicidad de sus continuadores, prefirieron liberarse a la tortura de la vida honorable, y una mañana aparecieron, pálidos y fríos, envenenados de morfina, sobre el mismo lecho donde habían cometido las traiciones innumerables y los feroces atentados a la Naturaleza, que únicamente con su vida correspondíales purgar.

Alvaro Retana

La Novela de Hoy

NÚMEROS PUBLICADOS

1 EL MOMENTO DIFÍCIL, por Pedro Mata. — Ilustraciones de *Ribas*.

2 LA CAZA DE LA MARIPOSA, por W. Fernández Flórez. — Ilustraciones de *Penagos*.

3 PANDORGA, por Ramón Pérez de Ayala. — Ilustraciones de *Ramos*.

4 GIORDANO O EL CUENTO DE LOS CINCO PERROS, por José Ortega Munilla. — Ilustraciones de *Zamora*.

5 EL AMIGO DE LA "CURRI", por Joaquín Belda. — Ilustraciones de *Robledano*.

6 EL VAGABUNDO INAPETENTE, por José M.ª Salaverría. EL PRIMER ABRAZO, por Artemio Precioso.—Ilustraciones de *Bartolozzi*.

7 LA CELADA, por Antonio de Hoyos y Vinent.— Ilustraciones de *R. Marín*.

8 VIDA Y RESURRECCIÓN, por Luis Araquistain.— Ilustraciones de *Máximo Ramos*.

9 LOS AMBIGUOS, por Alvaro Retana.—Ilustraciones de *R. Marín*.

10 LA MOCITA DEL COLLAR DE CEREZAS, por Fernando Mora.— Ilustraciones de *A. Sánchez Felipe*.

11 LA SEÑORITA ESTATUA, por Cristóbal de Castro. — Ilustraciones de *Penagos*.

12 EL CAMILLERO DE LA LEGIÓN, por Carlos Micó. Ilustraciones de *Varela de Seijas*.

13 EL DIABLO DE LOS OJOS VERDES, por Emilio Carrère. Ilustraciones de *Máximo Ramos*.

14 EL PICADOR Y SU MUJERCITA, por Eugenio Noel. — Ilustraciones de *Marín*.

15 UN CRIMEN PASIONAL, por Alberto Valero Martín.— Ilustraciones de *Izquierdo Durán*.

16 POR SU PROPIA MANO, por "El Caballero Audaz".— Ilustraciones de *Penagos*.

17 COINCIDENCIA EXTRAÑA, por Rafael López de Haro. Ilustraciones de *Máximo Ramos*.

18 BIARRITZ EN PYJAMA, por Joaquín Belda.— Ilustraciones de *Izquierdo Durán*.

19 EL FRUTO DE SU VIENTRE, por José Francés.— Ilustraciones de *Ochoa*.

20 GANÉMOSLE HOY..., por E. Barriobero y Herrán. — Ilustraciones de M. *Quintanilla*.

21 EL VENGADOR DE JULIANO, por Vicente Díe de Tejada.—Ilustraciones de *M. Ramos*.

22 LA GOTERA, por E. Gutiérrez Gamero.—Ilustraciones de *Varela de Seijas*.

23 UN VISIONARIO, por Marcelino Domingo. — Ilustraciones de *Ochoa*.